

Gurú de la globalización

Arvind Subramanian entrevista a **Jagdish Bhagwati**, economista teórico y práctico

LA ESTRECHEZ de miras es la regla general entre los intelectuales de hoy. Pero en todo hay excepciones, y en el campo del comercio internacional la excepción es Jagdish Bhagwati, ejemplo del estudioso clásico de antaño, del hombre de letras con vastos intereses. John Maynard Keynes admiraba a Alfred Marshall, el economista de Cambridge, por ser “óptimamente multifacético”. Lo mismo se podría decir de Bhagwati, que se desplaza con absoluta comodidad entre los bastiones intelectuales, las páginas de opinión y los corredores de palacio. Cuando alguien cita a Balzac para cantar las loas del libre comercio, es imposible no prestar atención.

Si durante las últimas cuatro décadas las fronteras nacionales no han perdido porosidad, es en parte gracias a Bhagwati. Las teorías y las políticas que ha propugnado han sido, según la opinión de Paul Krugman, uno de los factores que impidieron decisiva pero sutilmente que el proteccionismo adquiriera un carácter respetable. Así que cuando la Ronda de Doha fracasa, o cuando vuelven a sonar los reclamos a favor de restricciones a las importaciones de productos chinos o sanciones en contra de las empresas que tercerizan sus operaciones, Bhagwati se apresta para hacer frente a las fuerzas que pretenden frenar el libre comercio: en su opinión, una vez desatado, el proteccionismo siempre está presente, aunque vaya tomando diversas formas. Bhagwati es un optimista incorregible y ha salido vencedor de contiendas no solo con furibundos proteccionistas indios y críticos antinipones, sino también, últimamente, con expertos del calibre de Joe Stiglitz y con grupos como las organizaciones no gubernamentales, que están a la vanguardia del movimiento antiglobalización.

Bhagwati ha trabajado sin respiro para fomentar la participación en los debates económicos; por ejemplo, mediante la fundación del famoso *Journal of International Economics* en 1971 y de *Economic and Politics* en 1989. Ha escrito numerosos —y galardonados— artículos y libros sobre el desarrollo, la inmigración, las rentas económicas, la democracia y la regulación ambiental y laboral. Ha sido profesor y mentor de varias generaciones de especialistas en comercio internacional, y también asesor de la Organi-

zación Mundial del Comercio (OMC) y de las Naciones Unidas. Y toda esta producción, tan pensada como sentida, fluye de una pluma que destila ingenio y elegancia (véase el recuadro). En suma, ha sido uno de los protagonistas más importantes de la escena económica internacional desde hace muchos años.

Un alumno sobresaliente

Bhagwati nació en 1934, uno de los siete hijos de una ilustre familia india, de recursos modestos pero con aspiraciones educativas e ideales sociales ambiciosos. Tuvo una

Facilidad de palabra

“El lenguaje importa. Las metáforas importan.”, insiste Bhagwati, que utiliza ingeniosamente las palabras para explicar y convencer. (Su colección de artículos y ensayos, *A Stream of Windows*, fue galardonada con el prestigioso Premio Eccles, que honra la calidad de los escritos económicos.) Un ejemplo es la “analogía del cuñado”, que pone de manifiesto la diferencia entre la búsqueda de rentas económicas y la corrupción. Si alguien agota recursos haciendo presión para obtener rentas económicas, estamos frente a una actividad directamente improductiva. Pero si existe un cuñado que inevitablemente recibirá las rentas, nadie se molestará en hacer presión; en ese caso hay corrupción, pero no actividad directamente improductiva. A menos que algún personaje deshonesto con visión de futuro dedique recursos a seducir a la hermana para convertirse en el cuñado que recibirá las rentas. En cuyo caso ya no es corrupción, sino búsqueda de rentas.

En cuanto a las críticas de que el libre comercio lleva a la desindustrialización y destruye los lazos entre la industria (los fabricantes de *ketchup*) y la agricultura (los productores de tomates), señala: “mientras leía esa profunda reflexión sobre la plantación de tomates y la fábrica de *ketchup*, estaba saboreando mi mermelada de naranjas preferida de *Crabtree and Evelyn*. No se me había ocurrido que Inglaterra cultivaba sus propias naranjas”.



infancia feliz, aunque espartana, que admitía una sola excepción a un régimen de ahorro estricto: no había límites de gasto en la librería local, donde los niños devoraban las obras clásicas de la literatura india y occidental. La inversión dio fruto: uno de los hermanos llegó a la presidencia de la Corte Suprema nacional, otro es un neurocirujano de fama mundial y el tercero un ingeniero metalúrgico muy respetado. Los logros familiares parecían predestinados, pero la ideología, obviamente no: el jurista es un socialista tan acérrimo como el economista es adalid de los mercados y de la competencia.

Después de cursar estudios secundarios en St. Xavier's High School y superiores en Sydenham College —dos de los mejores establecimientos educativos de Mumbai—, la familia despachó a Bhagwati a Cambridge, Inglaterra, a estudiar Derecho y Economía. El padre, juez de la Corte Suprema india, tenía la gran esperanza de que Bhagwati siguiera sus pasos, pero la economía y la posibilidad de fomentar el bien social pudieron más. Además, como cuenta Bhagwati, la comida de los estudiantes de Derecho era aun peor que la que les servían a los de Economía.

“A ningún indio le ha ido bien en Cambridge.” Tales fueron las alentadoras palabras con que lo recibió en St. John's College su director de estudios, C. W. Guillebaud. Pero ya en segundo año, Bhagwati escribió una importantísima monografía sobre el “crecimiento empobrecedor”; es decir, el crecimiento que empeora los términos de intercambio a tal punto que corroe el bienestar social. Publicado en 1958, ese estudio abrió un manantial de análisis, muy al estilo de la obra sobre los equilibrios subóptimos, que sostenían en líneas generales que algo bueno (como el crecimiento y las entradas de capital) puede conducir a malos resultados si hay distorsiones presentes.

De Cambridge, Inglaterra —donde tuvo profesores de la talla de Nicholas Kaldor, Joan Robinson y Harry Johnson—

Bhagwati se trasladó a Cambridge, Massachusetts, para estudiar en el MIT con Paul Samuelson, Charles Kindleberger y Robert Solow, que con el tiempo pasarían a ser colegas y colaboradores. Tras una corta estadía en Oxford, que compartió con grandes economistas como John Hicks y Roy Harrod, Bhagwati abandonó los claustros universitarios en 1961 para sumergirse en la tumultuosa realidad de India. La Comisión de Planificación Nacional le había encomendado que estudiara la manera de mejorar el nivel de vida del 30% más desposeído de la población, y Bhagwati llegó a la conclusión que hoy es una premisa de la economía del desarrollo: sin crecimiento económico es imposible reducir la pobreza.

Para el joven economista, fueron años de ensueño cerca de los gigantes de la independencia: Nehru, Indira Gandhi, y P. C. Mahalanobis, docto asesor de Nehru y artífice de la estrategia de industrialización de India. Esa experiencia le infundió a Bhagwati un sentido práctico de la realidad y de los problemas que lo inspiraría durante toda su carrera: su pasión por la teoría no lo ha distraído de la problemática cotidiana que afecta al bienestar social.

Contra las murallas del proteccionismo

Alrededor de 1961 llegó la revelación que quedaría plasmada en una de las monografías más influyentes de la posguerra sobre la teoría del comercio. Preparada junto con V. K. Ramaswami, un funcionario público, “Domestic Distortions, Tariffs, and the Theory of the Optimum Subsidy” vio la luz en las páginas del *Journal of Political Economy* en 1963. Antes de su publicación, la optimalidad del libre comercio había sufrido ataques con diferentes argumentos, desde la protección de las industrias incipientes hasta las rigideces salariales y los efectos de desbordamiento. Bhagwati reconoció que el libre comercio no es óptimo si hay distorsiones en la economía. Pero si estas se corrigen con políticas adecuadas, en la mayoría de los casos

el libre comercio vuelve a recuperar la optimalidad. Por ejemplo, si existe una externalidad en la producción, el libre comercio puede muy bien ser subóptimo, pero si se crea un subsidio para estimular la producción de la actividad que causa la externalidad, el libre comercio sigue siendo la política óptima. Este análisis echó por tierra muchos de los argumentos a favor del proteccionismo, sin por eso perder de vista las numerosas fallas del mercado que podrían justificarlo.

Muchos olvidan que el principio expuesto por Bhagwati y Ramaswami también es el concepto central de los famosos trabajos sobre las finanzas públicas que Peter Diamond y James Mirrlees elaboraron años después (y que contribuyeron a que Mirrlees ganara el Premio Nobel), en los que demostraban que la eficiencia de la producción debe mantenerse intacta mientras haya impuestos sobre el consumo que les permitan a las autoridades cumplir con sus objetivos o corregir distorsiones.

De India, Bhagwati partió hacia la Universidad de Columbia, en Nueva York, en 1966. Su tierra natal atravesaba tiempos difíciles: después de años de crecimiento lento, una sequía general, agravada por la indiferencia de la comunidad internacional a los pedidos de ayuda financiera, sumió al país en una grave crisis económica. Indira Gandhi siguió el consejo de sus asesores económicos, entre los que se encontraba Bhagwati, y devaluó la moneda, con las complicaciones del caso. Para algunos, Bhagwati fue un intelectual que puso pies en polvorosa porque sus ideas soportaban el peso de la realidad únicamente en dosis módicas. De hecho, la partida fue por motivos personales: Bhagwati deseaba casarse con Padma Desai, que es también una reconocida docente, y llevar una vida más sedentaria.

En 1968, asumió la titularidad de una prestigiosa cátedra en el MIT, donde en compañía de sus colaboradores —principalmente Ramaswami y T. N. Srinivasan— dedicó fructíferos años a sistematizar la teoría del comercio internacional, las distorsiones y el bienestar social. Sus investigaciones teóricas se extendieron a los acuerdos comerciales preferenciales, la función de los aranceles frente a los cupos de importación, y el comercio exterior desde la perspectiva de la política económica. En 1980 regresó a Columbia, donde ha pasado la mayor parte de su docencia.

La contracara de la teoría

Si los aportes teóricos de Bhagwati han sido numerosos, y en algunos casos capitales, sus contribuciones prácticas han sido igualmente profundas e influyentes. Quizá la primera y más destacada haya sido sobre el desarrollo y las estrategias de desarrollo. Sus libros sobre India, primero junto con Padma Desai (1970) y luego con Srinivasan (1975), analizan y catalogan sistemáticamente los problemas que crea la planificación de la economía y los costos que implican las políticas aislacionistas. Ambos libros formaban parte de una serie de estudios comparativos coordinada, respectivamente, por Ian Little, Tibor Scitovsky y Maurice Scott en la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos, y por Bhagwati y Anne Krueger en el Instituto Nacional de Estudios Económi-

cos. Este corpus fue el cimiento intelectual en el que se apoyarían muchos países, como India, para abandonar las políticas económicas dirigistas y autárquicas.

A comienzos de los años ochenta, Bhagwati comenzó a interesarse en la visión del comercio internacional desde la perspectiva de la economía política. De esas reflexiones nació *Protectionism*, una de sus obras más conocidas, que observa la política de comercio exterior a la luz de tres factores fundamentales —ideas, intereses e instituciones—, entretejiendo análisis, anécdotas y hechos. A fines de esa década y principios de la siguiente, Bhagwati se centró en la política comercial estadounidense, empeñada en abrir los mercados extranjeros —sobre todo el de Japón y los países en desarrollo— alegando que sus prácticas comerciales eran “desleales” y exigiendo a menudo la apertura con la amenaza de sanciones. Bhagwati achacó ese “unilateralismo agresivo” al decreciente

Solo o acompañado, ha defendido contra viento y marea la causa del libre comercio, digan lo que digan los demás.

poderío económico de Estados Unidos, fenómeno que bautizó con el memorable “síndrome del gigante venido a menos”. Denunció sin ambages la hipocresía de quienes hablaban de prácticas comerciales desleales con el solo propósito de sacar una pequeña ventaja en el mercado, y la amenaza que ese unilateralismo representaba para el sistema comercial multilateral. Su diagnóstico del declive estadounidense resultó ser prematuro, pero no fue el único que pensaba así. Y tuvo razón en cuanto a las consecuencias del unilateralismo de Estados Unidos, que obligó a los países en desarrollo a reforzar sus regímenes de patentes, con resultados perjudiciales. Las negociaciones sobre la propiedad intelectual dejaron como legado un ambiente viciado y contribuyeron a más de un *impasse* entre los países industriales y los países en desarrollo en el seno de la OMC.

Luego, Bhagwati arremetió contra los acuerdos preferenciales. Desde su punto de vista, la liberalización no discriminatoria del comercio internacional —por cuenta propia o en el contexto de negociaciones multilaterales— ofrece ventajas abrumadoras en comparación con un acuerdo regional que disminuye las barreras de un país únicamente con algunos de sus socios comerciales. Bhagwati exhortaba a los gobiernos con una letanía: liberalicen por su cuenta o liberalicen en Ginebra, pero no en Bruselas, ni en Washington, ni en Tokio, ni siquiera en Wellington. La rápida multiplicación de los acuerdos regionales también quedó retratada en su famosa metáfora del plato de fideos: hay ya tantos acuerdos de libre comercio tan complejamente entremezclados y con tantos incentivos perjudiciales que corremos el riesgo de perder un verdadero multilateralismo.

Quizá la característica más distintiva de la obra de Bhagwati en el terreno del comercio internacional sea su valiente resistencia a las modas. Solo o acompañado, ha defendido contra viento y marea la causa del libre comercio, digan lo que digan los demás. Esa es una postura fácil cuando todo el mundo está encantado con la globalización, pero en los años setenta, cuando en India la intervención y los controles estaban a la orden del día, la suya fue la única voz que se alzó, proféticamente, en contra. “Rabindranath Tagore tiene un poema hermoso en el que habla de la necesidad de caminar solo”, explica. “Para mí se hizo realidad, porque una cantidad enorme de economistas e intelectuales indios se había casado con políticas erradas.”

Aún más difícil y solitario fue su apoyo al libre comercio cuando se pusieron de moda las críticas acérrimas en contra de Japón. Durante un breve período, parecía que el libre comercio estaba perdiendo terreno intelectual ante el avance de la teoría del comercio estratégico, que sostenía que los países podían recurrir al proteccionismo, como instrumento de política industrial, para apropiarse de rentas económicas en mercados oligopólicos a expensas de los socios comerciales. Incluso su alumno más brillante, Paul Krugman, se pasó de bando —aunque no por mucho tiempo— cuando declaró que el libre comercio era una idea que había perdido para siempre su encanto inicial y que nunca podría volver a ser la política ideal en todo momento y en todo lugar. Bhagwati resistió estos embates hasta que poco a poco se fue revelando la verdad sobre el comercio estratégico: interesante desde el punto de vista teórico, pero casi sin importancia práctica.

Causas nuevas

Hoy, Bhagwati tiene la mira puesta más allá del libre comercio y estudia los flujos de capital, la mano de obra y, en términos más generales, el fenómeno de la globalización. “The Capital Myth”, un ensayo tan polémico como prestigioso en contra de la liberalización transfronteriza de los flujos de capital, apareció en *Foreign Affairs* poco después de la crisis financiera asiática. El argumento central es que el libre comercio de bienes es cualitativamente diferente del libre comercio de flujos de capital, por la simple razón que este último puede resultar desestabilizante y costoso porque a veces responde a pánicos y manías. “No por estar a favor del libre comercio uno tiene que estar a favor de la circulación libre de capitales, de la inmigración libre, del amor libre y de todo lo libre habido y por haber”, acota sardónicamente. La idea no tiene nada de novedosa y se remonta por lo menos a Kindleberger. Pero lo que sonó como un tambor de guerra fue la afirmación de que el impulso liberalizador de la cuenta de capital no surge solamente de la noble teoría de que todas las transacciones económicas, sean de bienes o de capitales, deben ser libres, sino que responde a los intereses del “complejo Wall Street-Tesoro de Estados Unidos”, es decir, las poderosas élites de Washington y Nueva York, que se enriquecen a expensas de los países en desarrollo.

En cuanto a la circulación transfronteriza de personas, Bhagwati, como buen liberal (en el sentido británico), prefiere menos restricciones, pero reconoce que hay diferencias importantes con respecto al libre comercio de bienes. Ha propuesto la creación de una Organización Mundial de

Migración, no para dictar qué deben hacer los países sino para llevar a cabo una supervisión parecida a la que realiza el FMI a través de las consultas del Artículo IV. La organización pasaría revista, sistemática y periódicamente, a las políticas de cada país en materia de inmigración legal e ilegal y la entrada de refugiados. Así se produciría, en su opinión, el “efecto Drácula”: puestas a la luz del día, las políticas iliberales se desharían y dejarían lugar a políticas más aptas y más liberales en el mundo entero. Hace varias décadas propuso hacer extensiva la jurisdicción impositiva a los ciudadanos expatriados, con el argumento de que la ciudadanía crea obligaciones tributarias. Hoy, el “impuesto Bhagwati” está nuevamente en el candelero en los países más pobres que se enfrentan a una fuga de cerebros.

Como alguien que ha ganado con justicia la distinción de eminencia gris, Bhagwati encuentra tiempo para servir de consultor a gobiernos, colaborar con organizaciones no gubernamentales como Human Rights Watch, y asesorar a la ONU sobre la globalización y, últimamente, sobre el desarrollo de África, que considera “el reto más importante para el desarrollo en nuestros días”.

El Nobel que nunca llega

Muchos de los colegas y alumnos de Bhagwati piensan que el Premio Nobel sería un justo reconocimiento de los logros de toda una vida. El propio Bhagwati se ríe mientras dice que si no recibe el Nobel, sería el segundo indio del estado de Gujarat —después de Mahatma Gandhi— que se perdería ese merecido honor. ¿Qué posibilidades tiene? Después de todo, el Premio Nobel de Economía no honra el conocimiento “multifacético”, sino una o dos ideas reveladoras que permiten solucionar un problema o inician una nueva línea de pensamiento. Quién mejor para opinar del tema que Paul Krugman, otro sólido candidato para el Nobel: “Para mí, lo más importante es que nadie entendía muy bien la relación entre las distorsiones en una economía que comercia internacionalmente y su política económica. Una vez que Jagdish la dejó en claro, resultó tan obvia que no se podía creer que alguien hubiera tenido que explicarla. Creo que eso se merece el Nobel.”

Sin embargo, sería penoso juzgar la obra de Bhagwati únicamente con el criterio reductivo y caprichoso del Premio Nobel. En sus “Ensayos Biográficos”, John Maynard Keynes describe al economista ideal como alguien con un conjunto excepcional de cualidades: comprende con símbolos y habla con palabras, piensa en particularidades en términos de generalidades, imagina simultáneamente lo abstracto y lo concreto, es tan distante e incorruptible como un artista y tiene los pies tan puestos en la tierra como un político. Bhagwati sobrevive como una especie amenazada en este linaje de economistas ideales que se está extinguiendo rápidamente. Como dijo Paul Samuelson durante la celebración de su sexagésimo cumpleaños, “Jagdish Bhagwati puede enorgullecerse de una vida dedicada a la economía como arte y como ciencia”. Por suerte para nosotros, 10 años después, sigue por el mismo camino. ■

Arvind Subramanian es Jefe de División en el Departamento de Estudios del FMI.